

EL PLACER DE LA LECTURA

“¿Qué por qué las mujeres leen en España más que los hombres? Muy sencillo, porque la palabra libro es masculina, mientras que la palabra lectura es femenina...”

A Emi le hizo gracia la frase pronunciada por un tertuliano en uno de esos programas de televisión dedicados al libro que las cadenas suelen emitir casi de madrugada. Lo que ya no le hizo tanta gracia fue cuando el mismo tertuliano se empeñó en atribuir a un supuesto temperamento femenino esa inclinación por la lectura. Quizás porque se reconoció en alguno de los estereotipos que utilizaron los miembros de la tertulia, todos ellos hombres por descontado. Como muchas otras mujeres solas, de edad mediana y sin demasiado atractivo, Emi era una lectora compulsiva. Leía a todas horas, en el metro camino de la oficina, por las noches después de aguantar tan sólo unos minutos de televisión, durante los largos fines de semana, en las vacaciones. Sus amigas la llamaban la lectora, porque si ellas llevaban el bolso repleto de artilugios de todo tipo, desde el móvil a la cajita de rimel, en el suyo nunca faltaba un libro, alguna edición barata de bolsillo, para que no abultara, pero nunca los best-seller de tapa dura que solían leer ellas sino novelones del diecinueve, *La Regenta*, *Madame Bovary*, *Anna Karenina*, *Jane Eyre*, *Cumbres borrascosas*, *Orgullo y prejuicio*, *Los novios*, *Guerra y Paz*, novelas de amores frustrados, protagonizadas por mujeres abnegadas dispuestas a sacrificarlo todo por el hombre al que amaban con locura.

Sin embargo, había una diferencia abismal entre Emi y las protagonistas de esas novelas. Para empezar, ella no dependía de nadie y en cuanto ganó su primer sueldo se compró un piso pequeño que amuebló a su aire y en el que se notaba esa afición por la lectura,

con los libros apoderándose de las estanterías en casi todas las habitaciones. Y tampoco era una mojigata. Casi todas las semanas salía con sus amigas a cenar, a bailar, a tomar una copa y alguna que otra vez volvía a casa en compañía de un hombre, un ligue de discoteca, un tipo deseoso como ella de desfogar sus instintos sin mayores compromisos.

Emi sabía de sobra que en el mundo real no existe un amor como el de las novelas, o al menos está reservado para las mujeres capaces de atraer a los hombres y, a pesar de que pensaba que esa coraza de cordura la protegería de cualquier peligro, acabó enamorándose como una colegiala de un compañero de trabajo, un informático contratado para instalar un nuevo sistema capaz de ahorrar un montón de dinero a la empresa. Como hacía con todos los desconocidos, el primer día Emi trató de compararlo con los personajes de las novelas que tanto le gustaban, pero le resultó imposible. Quizás por eso al principio confundió sus sentimientos y no se recataba en criticar delante de sus compañeras a ese tipo tan presuntuoso. Apenas le dirigía la palabra cuando se cruzaba con él y casi empezó a contar los días que faltaban para que el intruso terminara su trabajo y saliera de su vida permitiendo que los viejos compañeros de lecturas ocuparan su lugar. Pero esa ansiedad se convirtió en pánico cuando fue consciente de que tan sólo faltaban tres días para que ese hombre, el único que había logrado atravesar la muralla de papel que había protegido hasta ese momento su corazón, saliera de su vida.

Nunca es demasiado tarde, se dijo, y después de recordar que la mayoría de las heroínas de los libros solían pecar de impulsivas, se armó de valor y el último día invitó al informático a tomar una copa, como un gesto de despedida.

-- ¡Vaya sorpresa! Y yo que pensaba que te ibas a alegrar el día que me fuera.

-- ¿Tan mala te parezco?

Emi estaba excitada, no sólo por el hecho de estar hablando a solas con ese hombre, sino porque el diálogo que estaban improvisando le recordaba algunos fragmentos de las

novelas de Jane Austen, una de sus autoras favoritas. Algo debió de ver él a su vez porque, después de mirarla con detenimiento, como si estuviera aquilatando sus posibles virtudes ocultas, aceptó la invitación.

Dos semanas. Más de lo que sucedía en la mayoría de las novelas. Dos semanas de felicidad es mucho, o al menos de una mezcla de felicidad y autoengaño. Porque Emi supo desde el principio que ese tipo era un sinvergüenza y si se había fijado en ella era sólo porque esperaba exprimirla como a un limón, tal como le advirtió una de sus compañeras, que se jactaba de conocer al dedillo las verdaderas intenciones de los hombres.

-- Lo sé, no soy tan tonta.

-- ¿Y no te importa?

Emi la miró a los ojos y de nuevo se imaginó que lo que estaba a punto de confesarle lo habría podido decir Natasha Rostov.

-- Si me lo pidiera lo dejaría todo por él.

Naturalmente, no se lo pidió. Tan sólo un pequeño préstamo para solventar unas deudas de juego, aparte de instalarse durante dos semanas a cuerpo de rey en su apartamento. Hasta que un día, al volver del trabajo cansada, ojerosa, se lo encontró tumbado en el sofá, viendo la televisión y bebiendo cerveza. Esa imagen tan prosaica hizo que se encendieran las mejillas de Emi.

-- No sé cómo puedes tragarte esos programas que parecen hechos para idiotas.

Enseguida supo que había traspasado la raya. Fue ese adjetivo, idiota, el que desencadenó la discusión.

-- Vale, yo seré idiota, y tendré gustos vulgares, pero al menos no me atonto con todas esas novelas ñoñas que sólo sirven para entretener a las solteras.

-- ¿Ñoñas? -- dijo, con un tono de voz que a ella misma le sorprendió -- ¿Cómo sabes que son ñoñas si no has leído ninguna? Y eso dando por sentado que sepas leer...

Estuvo a punto de pegarle, y si no lo hizo fue porque de alguna forma intuyó que quizás era eso lo que ella estaba esperando, una escena semejante a las de las novelas. Sólo entonces Emi se arrepintió al ver que él tenía el control suficiente como para no usar la violencia y dedicarle una frase que la dejó dolorida.

-- Muy bien. Ya que no sabes ni contentar a un hombre, ahí te quedas con todos tus libros y tus amantes de papel. A ver si consigues correrte con alguno de ellos.

Emi se dejó caer en el sillón y a duras penas reprimió unas lágrimas. Más que esa frase vulgar le dolió la prepotencia con la que la había pronunciado y entonces recordó de nuevo aquella otra frase que ahora le parecía odiosa: “la palabra lectura es femenina”. ¿Y de qué me sirve a mí?, pensó, antes de tomarse un somnífero y encerrarse en la habitación, por primera vez en mucho tiempo sin abrir el libro que tenía sobre la mesita de noche.

¿Cuándo se manifestaron los primeros síntomas? En el Metro, a primera hora de la mañana. Normalmente Emi se enfrascaba en la lectura del libro y no le hacía falta levantar la vista para saber que había llegado a su parada. Era como si sonara la campanilla de un reloj interior, lo cual le permitía no cruzar la mirada con los pasajeros que a esas horas tan tempranas se veían obligados a coger el metro, es decir, personas normales y corrientes, sin ningún interés. Pero esa mañana no se sentía con fuerzas para leer en el vagón. Estaba demasiado fresca en sus oídos aquella frase odiosa sobre los libros y las solteras como para que le apeteciera leer. ¿Y si resultaba que él tenía razón? ¿Y si en el fondo ni siquiera le apasionaba la lectura y sólo lo hacía, como tantas mujeres, para entretener su soledad, para imaginarse amantes apasionados, para vivir una vida prestada sin riesgo de que le laceraran el corazón?

Fue entonces, al levantar los ojos del suelo y dejarlos vagar por el vagón cuando vio a Heathcliff apoyado en una de las barras laterales de la puerta, mirando a los demás viajeros

con una mezcla de burla y de altivo desprecio. ¿Qué hacía Heathcliff en el vagón del metro, con sus cabellos alborotados y su mirada extraviada, la mandíbula encajada, los dedos crispados en torno a la barra metálica? Heathcliff, el protagonista de Cumbres borrascosas, que ni siquiera se apartó cuando ella pasó a su lado al salir del vagón, rozándole apenas y provocándole un escozor en el hombro, como si le acabaran de acercar un hierro al rojo.

En la oficina les llamó la atención el ver llegar a Emi un minuto tarde, algo que no había sucedido jamás, y encima con el rostro demudado, como si hubiera visto un fantasma. Un fantasma, un espectro, el primero de una larga serie de encuentros que le hicieron pensar que se había vuelto loca. Pues al roce con Heathcliff en el Metro le siguió la mirada insinuante de Aleksei Vronsky en el hipermercado, sin duda al acecho de otra incauta Anna Karenina, el gesto altivo con el que un hombre parecido al Darcy de Orgullo y Prejuicio le cedió el paso a la entrada de la cafetería donde solía tomar un bocado, o la sonrisa depravada de un relamido Álvaro Mesía con quien se cruzó en un semáforo haciéndole sentirse por un momento como la Ana Ozores de La Regenta. Incluso a través del teléfono era capaz de reconocer el tono de voz dubitativo de Pierre Bezukov, el personaje al que Emi amaba en secreto desde que leyó Guerra y Paz, o la voz tonante del Edward Rochester de Jane Eyre reprochándole con malos modos que llevaba tres horas llamando y nadie le contestaba. Todos los días temía sufrir un nuevo encuentro con alguno de los protagonistas de las novelas, y no sólo con ellos. Poco a poco fueron apareciendo los personajes secundarios, el farmacéutico de Madame Bovary, la frívola señora Bennet y hasta el odiado don Rodrigo de Los Novios, que como no podía ser de otra manera había tomado la apariencia del autoritario jefe de recursos humanos.

Pensando que era víctima de una especie de indigestión, la primera reacción de Emi fue la de abandonar la lectura. Unos días de ayuno, pensó, borrarían de su mente todas esas imágenes descabelladas. Esa noche encendió la televisión y pudo comprobar que, a pesar de

la gran cantidad de cadenas que se podían sintonizar, ninguno de los programas le interesaba lo más mínimo. Al contrario, ese muestrario de vulgaridades, escenas violentas y anuncios chillones le indujo a apagar el televisor y, por primera vez en muchos años, tardó un buen rato en conciliar el sueño.

Y lo peor no había comenzado aún. A la mañana siguiente se levantó con un tremendo dolor de cabeza, fruto del insomnio, y al salir a la calle creyó que había vuelto el invierno, pero pronto se dio cuenta de que ese invierno no estaba fuera sino dentro, en su propia alma, como si ella se hubiera convertido en el personaje de una novela de Dostoyevski. El frío de ese invierno que parecía notar sólo ella le indujo a buscar un poco de calor en los ojos de los extraños que ocupaban el mismo vagón del metro. Y esta vez, quizás porque había añorado con todas sus fuerzas el viento cálido del sur, vio al mismísimo Fabrizio del Dongo de La Cartuja de Parma, pero en lugar de asustarse le mantuvo la mirada y mientras ideaba un sistema para comunicarse con él, como había hecho Clelia, la hija de su carcelero, a punto estuvo de dejar pasar la parada en la que al bajarse a toda prisa creyó reconocer en una mujer elegante y altiva a la duquesa de Sanseverino, que tal vez se disponía a ir al encuentro de su amante el conde Mosca.

Si no puedes combatir a tu enemigo, únete a él. Tampoco recordaba dónde había leído esa frase, pero si decidió rendirse no fue sólo por falta de fortaleza, o por miedo a que la gente se riera de ella cuando les contara que veía por todas partes a los personajes de las novelas convertidos en seres de carne y hueso. No, si acabó aceptando aquellas fantasías fabricadas por su mente fue porque en el fondo aquella anomalía le gustaba. Empezó a mirar a la gente con otros ojos, los ojos de la insaciable lectora que era, de la fina psicóloga, de la narradora sutil que podría haber sido si hubiera tenido talento para escribir. Y ya no le hizo falta refugiarse tras las páginas de un libro, porque el libro estaba ahí, en la calle, en el metro, en la oficina, en la realidad.

Desde ese momento, la vida de Emi dio un vuelco radical. Si desde la ruptura con el informático había mirado con recelo a sus compañeras, a los clientes, a las personas con las que coincidía en el ascensor, labrándose una fama de persona antipática y un poco huraña, ahora no sólo no eludía el contacto con los demás, sino que recibía a todos con una leve sonrisa, como cuando nos reencontramos, al cabo de muchos años de separación, con un viejo y querido amigo. Emi sonreía al reconocer a tantos personajes de sus novelas favoritas, y su larga familiaridad con ellos, la intuición de cuáles eran sus verdaderas intenciones o sus deseos, le reportó un beneficio insospechado. Como si se tratara de una especie de narrador omnisciente, para todos tenía una frase feliz, una sonrisa de complicidad, una respuesta brillante, un consejo oportuno. Incluso algunos empezaron a pensar que no era tan fea. Al menos sus ojos brillaban con esa extraña luz que nadie, salvo las lectoras que cierran los ojos tratando de imaginar la fisonomía del protagonista de la novela, sabría interpretar.

Con semejantes dotes en el campo de las relaciones públicas, a nadie le extrañó que a la abnegada, solícita y feúcha Emi su jefe le ofreciera un ascenso cuando se jubiló su secretaria personal. Fue el primer escalón de una carrera fulgurante.

-- ¿Cómo haces para manejar a ese cascarrabias? – le dijo una de las compañeras más veteranas de la empresa.

Emi sonrió. ¿Cómo decirle que alguien tan parecido al sarcástico Edward Rochester era tan fácil de manejar? Bastaba con mostrarse firme, dulcemente firme, como había hecho Jane Eyre, la heroína cuyo carácter le resultaba más afín, a pesar de la tremenda distancia que mediaba entre una institutriz del siglo diecinueve y esta flamante ejecutiva a quien la lectura le permitió poco después sacar provecho de su propio atractivo. Además de su jefe, tuvo varios amantes y, tal vez por su mayor experiencia, o por el hecho de que conocía de sobra sus gustos al haberlos leído de antemano, la mayoría quedaban satisfechos, como si obedecieran las decisiones del narrador. Vivió amores apasionados, rupturas lacrimógenas, desplegó el

cariño, la piedad, la amistad, la ternura. Todos vieron en ella a una mujer dotada de un extraño atractivo, con una capacidad de empatía que desarmaba a los interlocutores más hostiles. Por eso, nadie se extrañó de que la ascendieran y tampoco les extrañó ver su nombre a los pocos meses encumbrado en las listas de ventas como autora, no de una novela, sino de una especie de manual de autoayuda dedicado a las mujeres lectoras titulado “El placer de la lectura”, y cuyo primer párrafo comenzaba así:

“Una vez escuché a un crítico divagar sobre el motivo que induce a las mujeres a leer más que los hombres. Él achacaba ese hábito a un supuesto temperamento femenino. No sé si su intención era la de burlarse de nosotras, pero he de reconocer que tenía razón. En efecto, la lectura es un atributo femenino, un atributo físico, porque si las mujeres leemos más que los hombres es debido a que nuestro cuerpo está mucho mejor dotado para el placer, como bien sabe cualquier sexólogo. El inmenso, infinito, sensual y afrodisíaco placer de la lectura. Yo misma, siguiendo el consejo envenenado de un viejo amigo, a menudo consigo tener un orgasmo (“correrme”, diría él) cuando leo un buen libro. Pero, ¡ajo!, ha de ser una ñoña novela de amor. A ser posible, de Tolstoi, de Jane Austen, de las hermanas Brönte, de Clarín...”

Luis del Romero Sánchez-Cutillas